

EL DESARME

HENRYK GALL,
del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México

El mundo de las fuerzas nucleares irrestringidas es un mundo en el cual el hombre no podrá sobrevivir gracias a la misma perseverancia, inteligencia y buena suerte que le han permitido sobrevivir en el mundo "químico" de ayer. El rápido avance del pensamiento científico ha lanzado a la humanidad a un mundo ajeno, donde las temperaturas se miden en millones de grados, y las presiones en millones de atmósferas. En este mundo de increíble violencia, el hombre sólo podrá sobrevivir gracias a un progreso igualmente espectacular de su madurez social y política.¹

I. Introducción

EN UNA DE LAS RESOLUCIONES adoptadas en 1959, la Asamblea General de las Naciones Unidas declaró que "el más importante problema del mundo de hoy" es el problema del desarme.² La importancia trascendental de este problema obedece a la tremenda acumulación de conocimientos técnicos, cuya utilización podría destruir al mundo en un breve momento de locura —o bien, liberar a la humanidad de sus seculares aflicciones, la pobreza, el hambre, las enfermedades. Los enormes y permanentes gastos militares constituyen hoy en todo el mundo casi una costumbre económica, cuya función es tranquilizar la nerviosidad nacional debida al sentimiento de inseguridad. Existe el miedo de que el desarme (es decir, la reorientación de los recursos destinados ahora a los armamentos) venga a crear un insoluble problema de ajuste para la economía de los individuos, de los países y del mundo entero. Semejante miedo es completamente injustificado, según

lo ha mostrado un grupo de expertos de las Naciones Unidas en un informe intitulado "Las consecuencias económicas y sociales del desarme".³ En una unánime opinión, esos expertos han expresado la convicción de que "todos los problemas y todas las dificultades que se relacionan con el desarme pueden resolverse a través de medidas nacionales e internacionales adecuadas".

Tras dieciocho años de inútiles esfuerzos y negociaciones, el mundo acaba de dar el primero y tímido paso hacia el desarme, gracias al acuerdo tripartito sobre la prohibición parcial de las pruebas nucleares, firmado en Moscú en julio de este año de 1963 por la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña. El acuerdo de Moscú ha despertado grandes esperanzas y ha producido un cambio muy perceptible en el ambiente mundial. "Hasta los pesimistas se han vuelto optimistas", dijo uno de los participantes en la conferencia de Moscú. Por supuesto, el acuerdo de Moscú no significa todavía el desarme, y sólo los acontecimientos futuros dirán si el optimismo resultante del acuerdo ha sido justificado, o prematuro, o exagerado. Ciertamente, la justificación del optimismo no podrá hallarse en el pasado. En efecto, según ha dicho recientemente David Lilienthal, primer presidente de la comisión norteamericana de energía nuclear, la experiencia de los últimos tres o cuatro lustros ha demostrado que "debido a la falta de un sentido de comunidad mundial, las negociaciones de desarme más bien han contribuido a acrecentar la desconfianza entre las naciones". Aunque la declaración de Lilienthal pueda parecer un tanto exagerada, no cabe duda de que todos los esfuerzos y negociaciones anteriores en torno al desarme tuvieron un solo denominador común: el fracaso. Los esfuerzos y negociaciones fracasaron, no por razones técnicas, no por la imposibilidad de ponerse de acuerdo sobre la forma y el método de llevar a cabo el desarme, sino —como ha dicho Albert Einstein⁴— por la actitud de las naciones que buscaban la posición más favorable en caso de un conflicto armado. A esa actitud atribuye Einstein el hecho de que "el logro de la paz verdadera haya sido imposible".

II. La nueva arma y la vieja mentalidad

Tradicionalmente, con anterioridad a la época nuclear, la política internacional de cada gobierno tenía por objeto el encontrarse en una situación favorable en caso de un conflicto armado. En el campo estratégico, esta tendencia fue expresada hace más de veinticinco siglos por el general chino Sun Wu (contemporáneo de Confucio), que dijo en su manual militar: "Todo ejército prefiere los terrenos altos a los terrenos bajos". La misma idea se encuentra en la célebre frase del general prusiano Clausewitz: "La guerra es la continuación de la política por otros medios".

La bomba atómica y la bomba de hidrógeno han acabado con todos los terrenos altos. Y la existencia de los proyectiles balísticos intercontinentales hace ver con aterradora claridad que la aplicación de la máxima de Clausewitz no conduciría a otra cosa que al suicidio de la humanidad. Sin embargo, los gobernantes actúan como si viviesen en la época de la guerra de treinta años y no en la era termonuclear, y siguen buscando sus terrenos altos y su situación favorable para el caso de un conflicto armado, lo cual es un lujo que no puede ya permitirse el género humano.

En el mundo prenuclear, la disposición de ir a la guerra, bajo ciertas condiciones, fue parte integrante de la llamada "política de fuerza" (*power politics*, *Machtpolitik*). Los gobiernos han seguido la misma vieja pauta porque no saben juzgar de manera diferente, o bien porque no quieren o no pueden entender que la amenaza de guerra, que anteriormente era una parte racional de las maniobras políticas, se ha vuelto ahora una amenaza irracional de destrucción universal. Esta discrepancia entre la nueva arma y la vieja mentalidad de los gobernantes, o, mejor dicho, las consecuencias de esta discrepancia, son —por encima de todas las consideraciones técnicas, aunque éstas no dejen de ser importantes— el verdadero obstáculo para la realización del desarme.

III. *La ilusión del poco cambio*

Ni las opiniones de los hombres de ciencia que produjeron la energía nuclear, ni tampoco las primeras explosiones atómicas —en Álamo Gordo, en Hiroshima, en Nagasaki y (ya después de la guerra) en Bikini— condujeron al entendimiento del comienzo de una nueva era. Los rusos, y Stalin personalmente, negaron la importancia decisiva de las armas atómicas, quizá por razones tácticas (es decir, por el hecho de que los rusos no poseían aún tales armas), quizá por falta de comprensión de su finalidad. Los norteamericanos mismos, a pesar de su monopolio atómico, insistieron también en que el papel de las armas “convencionales” seguiría conservando su importancia. Así lo pensaron el estado mayor de Washington y buena parte de los hombres de ciencia de los Estados Unidos. Entre estos últimos cabe mencionar a Vannevar Bush, cuyas opiniones tuvieron mucha influencia hace años en los círculos militares y políticos norteamericanos. En un libro sobre “las armas de hoy y de mañana” publicado en septiembre de 1949 —o sea después de los bombardeos del Japón y de las explosiones experimentales de Bikini y Eniwetok—, Vannevar Bush expresó la opinión de que la guerra siguiente sería dura y brutal y costaría millones de vidas humanas, pero que no destruiría la civilización en mayor medida que las guerras anteriores. También en Inglaterra se expresaron estas opiniones que negaban el carácter de “definitivas” a las armas atómicas. En su libro sobre las consecuencias militares y económicas de la energía atómica, que salió a la luz en 1948, uno de los más ilustres físicos británicos, P. M. S. Blackett, escribía que la potencia militar de una nación debía medirse no únicamente por su cantidad de bombas atómicas, sino también por sus existencias de armas tradicionales. Incluso el gran filósofo Bertrand Russell —que años más tarde diría que la ocupación soviética de las Islas Británicas le parecía preferible a una guerra termonuclear—, lejos de pensar hacia entonces que una guerra atómica pudiera significar la destrucción de la civilización, llegó a pedir una guerra preventiva para aca-

bar con el comunismo mediante el uso de las bombas atómicas.

La Unión Soviética mantuvo su convicción sobre el carácter no decisivo de las armas atómicas aún después de la fabricación de su propia bomba atómica, en septiembre de 1949. Sin hablar de una "guerra preventiva", Moscú insistió en que el comunismo saldría victorioso de un conflicto atómico, y que la destrucción producida por éste no afectaría sino a la civilización occidental. Así, pues, los primeros años de la post-guerra, y los subsiguientes hasta la fabricación de la bomba de hidrógeno, fueron la época del "optimismo atómico", de la ilusión de que el género humano podría sobrevivir a una guerra nuclear. Pero los progresos de la ciencia y de la técnica no han permitido el mantenimiento de esa ilusión, y después de la muerte de Stalin han obligado, primero a Malenkov y después a Jruschov, a admitir que las armas nucleares no distinguen entre sistemas políticos, y que amenazan con la misma y completa destrucción al capitalismo y al comunismo.

La historia del fracaso de las negociaciones en torno al desarme cubre no solamente la época que hemos llamado de "optimismo atómico", sino también los años en que esa ilusión se ha evaporado, o sea la época en que se llega ya a una clara comprensión de las consecuencias de una guerra nuclear. Por eso la historia de los esfuerzos tendientes al desarme es una triste historia.

IV. *La triste historia*

Como toda historia, también la del desarme tiene un período prehistórico —prenuclear en nuestro caso. Es, con anterioridad a la creación de las Naciones Unidas, el período de las dos conferencias de La Haya y de las actividades dedicadas al desarme por la Sociedad de Naciones. Las dos conferencias de La Haya, convocadas en 1899 y 1907 por el zar Nicolás II, tuvieron por objeto, según decía la invitación del gobierno ruso, "hacer triunfar el magno concepto de la paz universal sobre los elementos de fermento y de discordia".

De hecho, los debates de La Haya se limitaron al problema del arbitraje y de las reglas que debían normarlo, y, en la práctica, su único fruto fue la creación de un Tribunal Permanente de Arbitraje. Sin embargo, las conferencias de La Haya dejaron cierta herencia en lo relativo al desarme, herencia que naturalmente fue acogida por la Sociedad de Naciones desde el comienzo mismo de su existencia. La victoria de 1918 trajo consigo un clima de grandísima esperanza, de ardiente confianza en que la guerra que acababa de concluir sería la última de todas las guerras. La Sociedad de Naciones tuvo por tarea principal el establecimiento de una paz duradera, y el acta constitutiva de la Sociedad estipulaba, entre otras cosas, un desarme general. Los trabajos de la Sociedad de Naciones en pro del desarme empezaron en los años 1920-1930 con la creación de una comisión preparatoria para la conferencia general del desarme. En esta comisión se discutieron varios proyectos, y en particular un proyecto ruso de desarme total y universal (proyecto que años más tarde, ya en las Naciones Unidas, sería reintroducido por la delegación soviética y que hoy mismo, ya después de firmado el reciente acuerdo de Moscú sobre la prohibición parcial de las pruebas nucleares, está en la base de la contrapropuesta de la China comunista). En 1932 se reunió en Ginebra la conferencia mundial del desarme. Sus deliberaciones se prolongaron por espacio de más de dos años, pero su resultado fue nulo. Eran años poco propicios para el desarme. Basta pensar en el conflicto existente en el Extremo Oriente, en el fortalecimiento del fascismo y el advenimiento del nazismo en Europa, y en las dolorosas consecuencias de la gran depresión económica. La conferencia estaba, de antemano, condenada al fracaso. Y de hecho, este fracaso fue tan completo que, como dice Jules Moch en su libro *La folie des hommes*, la conferencia de Ginebra “no sólo no llegó a un convenio de aplicación práctica, sino que ni siquiera se puso de acuerdo en cuanto a los principios ya aceptados por todos”.

La historia verdadera del desarme —del desarme nuclear— empieza con la terminación de la segunda guerra mundial

y la creación de la Organización de las Naciones Unidas. Pero la herencia anterior pesa significativamente sobre los nuevos comienzos del problema del desarme, y los esfuerzos de las Naciones Unidas encuentran, desde el principio, una situación aún más difícil que la que reinaba durante la conferencia del desarme en Ginebra. Es la época de la decadencia de la gran alianza, la época de los serios conflictos en la Europa oriental, en Irán y en Grecia, de la creciente atmósfera de la guerra fría, de la amenaza de un nuevo conflicto mundial, y de la incertidumbre —pese al “optimismo atómico”— en cuanto a las consecuencias de la utilización de las armas nucleares. Sin embargo, la ONU pone inmediatamente manos a la obra, y ya en sus dos primeras asambleas generales crea dos organismos encargados de promover el desarme: la comisión de energía atómica (primera asamblea general, Londres, 1946) y la comisión de armas “convencionales” (segunda asamblea, Nueva York, seis meses más tarde).

Los Estados Unidos tienen a la sazón el monopolio atómico (la primera explosión atómica en la Unión Soviética será anunciada por el presidente Truman apenas dos años después, el 23 de septiembre de 1949), y, por consiguiente, la iniciativa pertenece a Washington. En efecto, es el gobierno de Washington quien presenta a la comisión de energía atómica de las Naciones Unidas el primer proyecto de desarme atómico. Es éste el famoso “plan Baruch”, que casi hasta el día de hoy, y con toda seguridad hasta la firma del reciente acuerdo de Moscú, ha determinado, si no todos los proyectos posteriores de los Estados Unidos en torno al desarme nuclear, por lo menos el pensamiento norteamericano en esta materia. El plan del gobierno de Washington se basa en la idea de un estrecho control internacional sobre todas las actividades relacionadas con la energía atómica, llevadas a cabo en cualquier país del mundo, que contengan un peligro potencial para la seguridad universal. Teniendo en cuenta este objetivo, el plan de Washington propone la creación de una Autoridad Internacional de Energía Atómica, investida del poder de propiedad, control, inspección y licencia de todas las actividades atómicas. El funciona-

miento del plan Baruch y de la Autoridad Internacional de Energía Atómica propuesta por él se somete a la supervisión del Consejo de Seguridad, en el cual los Estados Unidos gozan de una preponderante mayoría. Aceptado por el propio Consejo de Seguridad, el plan Baruch es rebautizado con el nombre de "plan de la mayoría". Ahora bien, es el miedo de esa "mayoría" dominada por los Estados Unidos, o sea el temor de la intervención norteamericana en los asuntos internos soviéticos, lo que hace que Moscú rechace el plan Baruch y someta una contrapropuesta formal pero poco práctica, en la cual la Unión Soviética pide la prohibición unilateral de la producción y la destrucción de todas las existencias de armas atómicas.

La discrepancia entre la posición soviética y el plan Baruch (prácticamente enterrado) cierra, durante los tres años siguientes, todas las posibilidades de continuar fructuosamente los esfuerzos en pro del desarme. El golpe de estado comunista en Checoslovaquia en febrero de 1948, la creación de la OTAS un año más tarde y los primeros planes del rearme de la Alemania occidental contribuyen por su parte, y muy poderosamente, a un nuevo empeoramiento de la situación mundial. Pero el cambio más decisivo se debe a la fabricación de la primera bomba atómica por la Unión Soviética, que acaba con el monopolio norteamericano.

El agravamiento de la situación mundial y la adquisición soviética de la bomba atómica conducen a un nuevo esfuerzo en la lucha por el desarme. Este nuevo esfuerzo tiene lugar en la asamblea general de las Naciones Unidas, celebrada en París en 1951, y se cristaliza en la creación de un comité de las grandes potencias —los Estados Unidos, la Unión Soviética, la Gran Bretaña y Francia—, llamado "el comité de los cuatro". Bajo la presidencia del delegado de México, Padilla Nervo (a quien tocó presidir esa asamblea general), el comité de los cuatro examina varios proyectos tendientes a la reducción gradual de fuerzas y potenciales atómicos y "convencionales", en busca de una "solución de compromiso" al problema del desarme. Pero la hora del acuerdo no ha sonado todavía, y el único resultado de las negociaciones

en el seno del comité de los cuatro (resultado más bien institucional) es la fusión de los dos organismos anteriormente creados, o sea la comisión de energía atómica y la comisión de armas "convencionales", en una sola Comisión de Desarme de las Naciones Unidas.

En el mes de enero de 1950, el presidente Truman ordena la fabricación de la primera bomba de hidrógeno. Y en menos de tres años los Estados Unidos hacen estallar (Eniwetok, noviembre de 1952) la nueva arma, enormemente más potente que la modesta bomba atómica de Hiroshima. La Unión Soviética hace otro tanto, y apenas diez meses más tarde hace estallar su propia bomba de hidrógeno. Estas fechas demuestran de manera espectacular el avance de la ciencia y de la técnica, especialmente por lo que toca a la Unión Soviética. Más de cuatro años le tomó a Moscú el poner fin al monopolio atómico norteamericano; pero sólo diez meses le bastaron para ponerse en pie de igualdad en lo relativo a la bomba de hidrógeno.

Paradójicamente, pero por razones muy evidentes, esta igualdad nuclear entre las dos superpotencias, en combinación con el armisticio de Corea y con la muerte de Stalin, contribuyen a establecer cierto mejoramiento en el ambiente mundial, y crean un nuevo punto de arranque para la continuación de las actividades en pro del desarme. Esta vez las actividades toman la forma de nuevas negociaciones (confidenciales también, como en el caso del comité de los cuatro). La Comisión de Desarme confía esas negociaciones a los representantes de las cuatro grandes potencias, los cuales constituyen un nuevo cuerpo, llamado "el subcomité de Londres". Entre mayo de 1954 y septiembre de 1957, el subcomité celebra más de trescientas sesiones, en Londres y en Nueva York. Una vez más, la hora del desarme no ha sonado todavía. Una vez más, la incurable discrepancia causada por la insistencia del Occidente en la prioridad de un control adecuado y la insistencia soviética en la prioridad de la prohibición total de las armas nucleares hace fracasar los largos pero inútiles esfuerzos del subcomité de Londres.

Sin embargo, el "equilibrio del terror" subsiste, y el mun-

do, en consecuencia, no puede permitirse el lujo de renunciar a la búsqueda de una solución. A lo largo del camino de esta búsqueda se nota la disposición a la transacción y se manifiestan ciertos éxitos, en escala limitada, por ejemplo el tratado de paz con Austria, la "conferencia en la cumbre" de Ginebra, el "espíritu de Ginebra" producido por esa conferencia, y algunos años después, en 1959, tras la reunión de Eisenhower y Jruschov, el nuevo espíritu conciliatorio de Camp David.

De vez en cuando, a lo largo de estos años, los acontecimientos descritos dan lugar a nuevas esperanzas, haciendo creer que podrán convertirse en medidas más tangibles desde el punto de vista del desarme. Las esperanzas, sin embargo, carecen de fondo; y, ante la imposibilidad de encontrar un remedio inmediato al "equilibrio del terror", el acento se desplaza momentáneamente del desarme mismo al uso pacífico de la energía nuclear. En un discurso pronunciado en diciembre de 1953 ante la asamblea general de las Naciones Unidas, el presidente Eisenhower pone por vez primera en el orden del día el problema de la utilización pacífica de la energía nuclear. La idea de promover esta utilización encuentra buena acogida. Pero las negociaciones para llevarla a efecto son (como todas las negociaciones entre los dos bloques antagonistas) extremadamente difíciles. Hacen falta cuatro años y dos conferencias mundiales en Ginebra para crear un nuevo organismo internacional dedicado a la promoción del uso pacífico de la energía nuclear. Desde el momento en que se creó (octubre de 1957) hasta nuestros días, el nuevo organismo, llamado Agencia Internacional de Energía Atómica, con sede en Viena, ha contado con escasa colaboración de sus miembros, y, por lo demás, su tarea es sumamente difícil en vista de los grandes costos que exige la energía nuclear en comparación con las baratas y amplias fuentes de energía utilizadas hasta ahora. Así, pues, la Agencia Internacional de Energía Atómica no sólo no cumple con su tarea de canalizar una parte de las materias fisionables para finalidades pacíficas, sino que tampoco facilita intelectual y moralmente la solución del problema del desarme.

Paralelamente a la acción que conduce a la creación del organismo internacional de Viena, y en tanto que la ONU demuestra su incapacidad de hacer avanzar en un solo paso las negociaciones del desarme, los hombres de ciencia del mundo, tanto occidentales como soviéticos, deciden emprender un movimiento contra la utilización bélica de la energía nuclear. Ante todo, dos de los más grandes sabios de nuestro siglo, Albert Einstein y Bertrand Russell, en un mensaje de 1955 conocido con el nombre de "llamamiento de Londres", piden a los científicos de todo el mundo que actúen en ese sentido. El "llamamiento de Londres" provoca varias conferencias internacionales (diez, hasta finales del año pasado), llamadas "conferencias de Pugwash" por el lugar en que tuvo su sede la primera de ellas (Pugwash, en la Nueva Escocia, Canadá).⁵ En estas conferencias toman parte sabios de los dos bandos. En el lapso que media entre una y otra, una comisión permanente vela por el cumplimiento de sus resoluciones. "Control de las armas y unidad del mundo": tal es el lema adoptado por el movimiento de Pugwash. En un principio, las conferencias de Pugwash son consideradas como un nuevo "movimiento por la paz" de carácter izquierdista; sin embargo, muchos hombres de ciencia occidentales que participan en ellas no sólo son políticamente independientes, sino que además gozan de una completa confianza por parte de sus respectivos gobiernos; y los sabios soviéticos, aunque representan el punto de vista oficial de Moscú, hablan con una libertad y una elasticidad de miras mucho más grandes que ningún delegado ruso en cualquiera de las demás conferencias internacionales. Es verdad que el movimiento de Pugwash no ha podido romper el estancamiento del problema del desarme; sin embargo, ha contribuido en gran medida al acercamiento entre el Occidente y la Unión Soviética en lo que se refiere al aspecto científico y técnico del desarme. La importancia del movimiento de Pugwash se ha visto confirmada por varios mensajes enviados en los últimos años por el presidente Kennedy y por el primer ministro Jruschov a algunas de esas conferencias. Y existe, por otra parte, un dicho muy revelador: que las conferencias de Pug-

wash, "oficialmente extraoficiales" en un principio, se han vuelto ahora "extraoficialmente oficiales".

Desde hace años se ha venido dando una importancia enorme al primer paso hacia el desarme, como al primer paso de un niño que se enseña a andar. El tratado de paz con Austria, las conferencias en la cumbre, los "espíritus conciliatorios" y la creación del organismo internacional de Viena han tenido, sucesivamente, la intención de ser ese primer paso, pero las esperanzas han resultado fallidas. Posteriormente, y gracias a la incontestable contribución del movimiento de Pugwash, se bosqueja una nueva idea del primer paso del desarme, a saber, la prohibición de las pruebas de armas atómicas y nucleares. Por principio de cuentas, se ponen de relieve las siguientes ventajas de la prohibición de las pruebas: eliminación de la peligrosa lluvia radioactiva, clausura del "club nuclear" a los nuevos aspirantes a convertirse en miembros y freno para el desarrollo y perfeccionamiento de los proyectiles balísticos intercontinentales y de cualquier otra arma nuclear nuevamente construida. En 1959, la asamblea general de la ONU hace hincapié en el peligro de que se aumente el número de las potencias nucleares, indicando en una resolución que esas nuevas potencias "agravarían la tensión internacional y dificultarían, en consecuencia, el logro del desarme general". Sin embargo, cualesquiera que sean las ventajas de una prohibición de pruebas, esta prohibición, según se ve por el ejemplo de Francia y por las tendencias de la China comunista, no parece que pueda cerrar las puertas del "club nuclear" a las demás naciones que aspiran a lograr su admisión en él.

En el verano de 1957, los expertos soviéticos y occidentales se reúnen en Ginebra y se ponen de acuerdo sobre el establecimiento de un sistema de control para detectar las explosiones nucleares. Como consecuencia de este acuerdo, un año después se reúne, también en Ginebra, una conferencia tripartita (la Unión Soviética, los Estados Unidos y la Gran Bretaña) que estudia la manera de suspender las pruebas de armas nucleares. Cinco meses antes, en mayo de 1958, Moscú suspende unilateralmente sus pruebas, y Washington anuncia

la suspensión de las suyas el día de la apertura de la conferencia ginebrina, a fines de octubre del mismo año. Los dos bandos se obligan moralmente a mantener esta suspensión mientras dure la conferencia, pero reanudan las pruebas en 1961, después del vuelo del U-2 y en relación con una nueva crisis de Berlín. La conferencia dura alrededor de tres años y logra llegar a cierto número de acuerdos sobre diferentes puntos técnicos relacionados con la prohibición de las pruebas atómicas, pero no consigue nada en cuanto a la prohibición misma. Al igual que en las tentativas anteriores, es evidente, una vez más, que la hora no ha sonado todavía. Y no ha sonado la hora porque la situación mundial de entonces no ha madurado aún lo bastante para ninguna clase de acuerdo en relación con el desarme.

Simultáneamente a estos esfuerzos por prohibir las pruebas atómicas, hay que registrar el fracaso de otra tentativa, emprendida fuera de la ONU. Nos referimos al fracaso del "comité de las diez naciones", reunido en Ginebra entre septiembre de 1959 y junio de 1960. Las actividades de este comité, compuesto por cinco naciones occidentales y cinco del bloque soviético, resultan tan infructuosas como las del comité de los cuatro y las del subcomité de Londres, y pertenecen a la ingrata historia del desarme de post-guerra. Y finalmente, de no ser por el reciente acuerdo de Moscú, al mismo ingrato pasado pertenecerían las gestiones hechas también en Ginebra por la "comisión de los diecisiete": resulta, en efecto, que la reciente conferencia de Moscú se considera como un subcomité de la comisión de los diecisiete, de tal manera que ésta podrá quizá un día presentar como título de gloria propia el acuerdo a que llegó el "subcomité" suyo de Moscú.

Se decía, antes del acuerdo de Moscú, que el callejón sin salida en que parecía encontrarse la cuestión del desarme, junto con los esfuerzos en pro del uso pacífico de la energía nuclear y las negociaciones para la prohibición de las pruebas atómicas, se debía a que los Estados Unidos pedían el "control sin desarme" mientras que la Unión Soviética insistía en un "desarme sin control". Esta explicación es no sólo demasiado ingenua, sino además completamente falsa, puesto

que tanto Washington como Moscú aceptaban en principio el desarme bajo un control adecuado. Además, según lo han indicado a menudo los expertos científicos de ambos bandos, un acuerdo técnico sobre el desarme bajo un control adecuado es cosa perfectamente realizable. Por lo tanto, el hecho de que no se haya llegado anteriormente a semejante acuerdo no se debe a obstáculos de principio ni a dificultades técnicas, sino a los temores, a las sospechas, a las dudas y a la mutua falta de confianza que en la época pasada y en nuestros días mismos (por lo menos hasta el reciente acuerdo de Moscú) han subordinado la política internacional y del desarme al temor, verdadero o ilusorio, de una agresión nuclear por parte del otro bando. Así, pues, no es el desarme el que puede provocar el cambio en esa situación internacional, sino todo lo contrario.

V. *El acuerdo de Moscú y el día de mañana,*

El mes de agosto del presente año ha marcado el 18º aniversario de Hiroshima. Dos años antes de este aniversario, el 12 de noviembre de 1961, el secretario norteamericano de la Defensa, Mr. MacNamara, hizo saber que las fuerzas nucleares de batalla de los Estados Unidos consistían en mil setecientos bombarderos intercontinentales, varias docenas de proyectiles balísticos intercontinentales, alrededor de ochenta proyectiles de tipo "Polaris" en los submarinos nucleares, más o menos el mismo número de proyectiles "Thor" y "Júpiter", trescientos aviones nucleares con base en portaaviones, y casi un millar de aviones supersónicos de caza, equipados con cohetes nucleares. Tres semanas antes, el 22 de octubre, el subsecretario norteamericano de la Defensa, Mr. Gilpatrick, había afirmado que la capacidad de los Estados Unidos para el segundo golpe nuclear era, cuando menos, tan amplia como la capacidad nuclear de la Unión Soviética para el primer ataque. Naturalmente, no se dispone de datos exactos en cuanto a las fuerzas nucleares de la Unión Soviética; sin embargo, según los cálculos del *New York Times* del 12 de noviembre de 1961 y del 6 de enero de 1962, los rusos conta-

ban hacia esta época con unos ciento cincuenta bombarderos intercontinentales, alrededor de cincuenta proyectiles balísticos intercontinentales y unos cuatrocientos proyectiles nucleares de alcance medio, capaces de cubrir todo el territorio europeo, pero no la zona continental de los Estados Unidos. Desde los días en que se revelaron estos datos han pasado dos años, durante los cuales cabe suponer que las fuerzas nucleares de ambas potencias se han acrecentado proporcionalmente.

¿Qué es lo que indica tal estado de cosas? Indica que entre las dos superpotencias existe un empate total en lo que se refiere al armamento nuclear, es decir, un perfecto "equilibrio de terror"; indica la indestructible capacidad de represalia del enemigo potencial, o sea la imposibilidad de llevar a cabo una agresión nuclear sin que el autor de la agresión arriesgue su propia seguridad. Refiriéndose a esta situación, el gran historiador y periodista francés Raymond Aron, en su libro *On war* (1959), se pregunta si, a pesar de la falta de un acuerdo sobre el desarme, la política de los dos bandos, desde hace ya muchos años, no habrá estado dominada por el miedo de arriesgar la propia seguridad. "Los rusos —dice Aron— se retiraron en 1949, en la época del puente aéreo de Berlín; los norteamericanos no intervinieron en Hungría en 1956, y en 1962 los rusos cedieron de nuevo en Cuba. ¿Significa esto que no puede haber una guerra nuclear, que no hay peligro en la *brinkmanship*, que cada vez que un conflicto llega a su cima una de las dos partes tiene forzosamente que retirarse? ¿Significa esto que los Estados Unidos y la Unión Soviética actúan como si no creyeran en sus propias amenazas? ¿Será verdad, en consecuencia, que vivimos en un estado de incredulidad atómica?"

Sin embargo, no es esta "incredulidad atómica" la que determina la política de las dos superpotencias nucleares. No se debe a ella el hecho de que los Estados Unidos dispongan de una supercapacidad para destruir a cualquier enemigo potencial —"¿cuántas veces es necesario matar a un hombre o a una nación?", preguntaba hace algunos meses, en el Senado norteamericano, el senador demócrata por South Dakota,

George McGovern—, ni tampoco es ella la que explica el hecho de que la Unión Soviética, sacrificando algunas necesidades de su desarrollo social y económico, mantenga una poderosa fuerza nuclear capaz, si no de la agresión, cuando menos de un aniquilador contraataque nuclear.

¿Significará el acuerdo de Moscú el primer paso hacia el cambio en esta política, tan distinta de la “incredulidad atómica”? ¿Se podrá decir que el acuerdo ha sido posible porque se ha iniciado un cambio en la situación internacional, en cuyo caso podría ser el vehículo que lleve al desarme? ¿O constituirá, más bien, un acontecimiento pasajero y confuso, como lo fueron anteriormente las conferencias en la cumbre y los varios “espíritus conciliatorios”?

¿A qué se debe el acuerdo de Moscú? En primer lugar, como ya lo hemos indicado, a la comprobación terminante de que el empate por “equilibrio del terror” excluye la posibilidad de emprender un ataque nuclear sin que ello implique un castigo aniquilador a quien lo emprenda. Es eso, probablemente, lo que quería dar a entender el presidente Kennedy cuando en septiembre de 1961 dijo en las Naciones Unidas: “Tenemos que abolir la amenaza de la guerra antes de ser abolidos nosotros por ella”.

En segundo lugar, es muy posible que Washington y Moscú hayan diagnosticado un cambio trascendente en la situación internacional por los problemas que cada uno de ellos tiene en su campo respectivo, y que cada uno puede interpretar como el comienzo del fin de la preponderancia de las dos superpotencias en el mundo y de su situación de dominio sobre sus respectivos aliados. De ahí el posible temor, por parte de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, de verse envueltos en guerras locales que podrían degenerar en un conflicto atómico global, de ninguna manera deseado por las dos potencias. De ahí también, probablemente, la tendencia a lograr un entendimiento antes de que en el “club nuclear” se cuelen nuevos aspirantes, como la China comunista por un lado o la República Francesa por el otro. En cuanto a los Estados Unidos, una razón más de su posible disposición en favor de un entendimiento con el comunismo

soviético puede ser la grave advertencia de Eisenhower —contenida en su mensaje de despedida, y repetida más tarde por el presidente Kennedy— sobre la posibilidad del desastroso uso del poderío norteamericano por parte de la combinación militar-industrial, en vista de la tremenda influencia que ésta tiene en la política, en la economía y hasta en las universidades norteamericanas. Una disposición análoga al entendimiento por parte de la Unión Soviética puede ser el resultado del desafío de la China roja, el cual no sólo ha puesto fin a la unidad del mundo comunista, sino que, al atacar la política de coexistencia de Jruschov, ha creado una seria amenaza para el desarrollo interno de la propia Unión Soviética.

No será inoportuna aquí una breve digresión, pese a su aparente falta de relación directa con el tema del presente artículo. ¿Cuál es la causa verdadera del conflicto chino-soviético? ¿Es la lucha por el liderato del mundo comunista? ¿Es una controversia dogmática entre la tesis clásica de la inevitabilidad de la revolución mundial y las declaraciones de Jruschov acerca de la posibilidad de una victoria comunista por medio de la “competencia pacífica”? ¿Son las ambiciones chinas en Asia y en Formosa? Sin duda todos estos factores contribuyen, en cierta medida, a la controversia entre Pekín y Moscú. Parece, sin embargo, que todos ellos son secundarios y que el conflicto chino-soviético no se debe básicamente a ellos, sino a las diferencias en el nivel del desarrollo post-revolucionario de ambas potencias, o, dicho en otras palabras, a la relación que existe entre la fase de desarrollo de cada una de ellas y su respectiva política interna y extranjera. Después de medio siglo de gigantescos sacrificios, impuestos al pueblo soviético por métodos draconianos, Rusia está hoy en posición de seguir, para su ulterior desarrollo, un camino más confortable. La China comunista, en cambio, sin poder contar con la ayuda de alguna “alianza para el progreso”, tiene que promover su desarrollo —como lo hizo Rusia misma después de su revolución— a base de la capitalización interna, o sea mediante la compresión del consumo de las masas chinas. Esta realidad no hubiera podido ser alterada ni siquiera mediante el mantenimiento de la

ayuda soviética que existía en la época de amistad entre los dos países. Una transformación radical de la situación mundial y el lanzamiento de un gigantesco plan internacional de ayuda a los países subdesarrollados, incluyendo en ellos a China, sería lo único capaz de cambiar el trágico camino hacia el progreso que han planeado los dirigentes comunistas de Pekín. Pero Pekín no ve esa alternativa; o si la ve, no la desea. Los comunistas chinos se oponen, en consecuencia, a la tesis de la competencia y de la coexistencia pacíficas, considerando que el ambiente creado por semejante política no les permitiría aplicar los métodos del tipo soviético antiguo que ellos consideran necesarios para la consecución del desarrollo de China.

En conclusión de este análisis —si se le considera aproximadamente correcto—, la controversia chino-soviética no es de carácter pasajero, sino que constituye un conflicto a largo plazo y (para volver a nuestro tema del desarme) un acontecimiento que podrá determinar profundos cambios mundiales en cuanto a las perspectivas, positivas o negativas, del desarme, y en cuanto a las futuras alianzas y a las formas que éstas adopten.

NOTAS

1 "Minutes to midnight" (Atomic Science and Education Series), Chicago, 1950, p. 9. Publicado por el *Bulletin of the Atomic Scientist*.

2 Resolución 1378 de la Asamblea General de las Naciones Unidas (xiv, 1959).

3 Resolución 1516 de la Asamblea General de las Naciones Unidas (xv).

4 Albert Einstein, prefacio al libro de Jules Moch, *La folie des hommes*, París, 1954, p. xi.

5 He aquí la lista de las diez "conferencias de Pugwash": 1) Pugwash, julio de 1957; 2) Lac Beauport, marzo-abril de 1958; 3) Viena-Kitzbuel, septiembre-octubre de 1958; 4) Baden-Viena, junio-julio de 1959; 5) Pugwash, agosto de 1959; 6) Moscú, diciembre de 1960; 7) Stove, Vermont, 1961; 8) Cambridge, agosto de 1962; 9) Londres, septiembre de 1962.

BIBLIOGRAFÍA SUMARIA

- Salvador de MADARIAGA, *Disarmament*. Covard, McCann, 1929.
- "Minutes to midnight: Report Acheson-Lilienthal, Plan Baruch and Soviet Plan", *Bulletin of the Atomic Scientist*, Chicago, 1946.
- J. R. OPPENHEIMER, "International control of atomic energy", *Foreign Affairs*, vol. 26, nº 2 (January, 1948).
- Jules MOCH, *La folie des hommes*. Robert Laffont, París, 1954.
- Angelos ANGELOPOULOS, *Will the atom unite the world?* W. J. McKay and Co., Londres, 1957.
- Edward TELLER and Albert L. LATTER, *Our nuclear future: Nuclear testing and developments*. Criterion Books, Nueva York, 1957.
- Bernhard G. BECHOEFFER, *The International Atomic Energy Agency*. 1958.
- Charles C. PRINCE, *A look at disarmament*. 1958.
- Jerome WIESNER, *Basic political conditions for settlement of arms race*. 1958.
- Joseph ROTBLATT, *The consequences of nuclear war*. Londres, 1958.
- A. V. TOPCHIEV [secretario general de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S.], *Problems of controlled disarmament and international tension*. Nueva York, 1958.
- Arnold KRAMISH, *Atomic energy in the Soviet Union*. Stanford University Press, Stanford, California, 1959.
- Dominic DUBARLE, *The Pugwash movement*. Nueva York, 1959.
- Raymond ARON, *On war*. Doubleday and Co., Garden City, N. Y., 1959.
- Richard J. BARNET, *Who wants disarmament?* Beacon Press, Boston, 1960.
- Bulletin of the Atomic Scientist*, Chicago, october 1960, pp. 336 ss. (Comparación de las últimas propuestas U.R.S.S.-Estados Unidos, septiembre de 1959 a junio de 1960).
- Joseph MORAY, *From Yalta to disarmament: Cold War debate*. Monthly Review Press, Nueva York, 1961.
- Joseph ROTBLATT, *Science and world affairs: The history of the Pugwash conference*. Londres.
- James J. WADSWORTH, *The price of peace*. Frederick A. Prager, Nueva York, 1962.
- P. M. S. BLACKETT, *Studies of war*. Hill & Wang, Nueva York, 1962.
- Edward TELLER and ALLEN BROWN, *The legacy of Hiroshima*. Doubleday, Nueva York, 1962.